

ORANDO CON LA PALABRA

(10º Domingo. Tiempo ordinario)

“Iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la entrada de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar un muerto, hijo único de su madre que era viuda y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo :” No llores”. Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: “ ¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate ¡”. El muerto se incorporó y empezó a hablar y Jesús se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios diciendo :” Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo”. La noticia del hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea entera”.

(Lc. 7, 11-17)

La Palabra, en el texto de Lucas, nos vuelve a presentar hoy el rostro del Dios de la Misericordia , que muestra en Jesús, toda la entraña compasiva de un Dios que está cerca, compartiendo el dolor y la esperanza de su pueblo y de sus gentes.

Jesús se conmueve ante el dolor de la madre, mujer viuda que acaba de perder a su hijo. Mujer, en quien se acumulan las condiciones, que van ahogando en el sufrimiento, el corazón de los pobres y los excluidos.

“No llores”, Jesús, sensible ante el dolor de la viuda, no se queda al margen. Comparte su sufrimiento le ofrece su fortaleza, le abre a la esperanza y le devuelve la vida, con la vida de su hijo.

¡Levántate muchacho y camina!. Ábrete a la posibilidad nueva de sonreír, de compartir, de confiar que en mí, siempre es tiempo de renacer.

Que escuchemos el clamor de los sufrientes y nos dejemos interpelar por él. Que el Señor remueva nuestras entrañas para que, no nos quedemos indiferentes ni pasivos ante el dolor del mundo, de los que tenemos cerca. Que podamos decir desde el cariño y la cercanía: ¡levántate! al que se siente hundido, que acompañemos y ayudemos a superar condiciones que impiden que las personas se levanten.

Que nosotros mismos nos levantemos, de todas las muertes que nos mantienen decaídos, desencantados, sin ilusión y sin esperanza.

Que en la fuerza liberadora del Dios compasivo, nos levantemos y sigamos caminando.

ORACIÓN

Contemplando
en silencio,

la impotencia y el dolor
de la viuda de Naín ,
me acerco a tí,
llevando en el corazón
y en los labios,
los nombres
de tantas personas que sufren.
Que sufren
por enfermedad,
por desencanto,
por injusticias ,
por situaciones
que ahogan la ilusión
y el sentido de su vivir.

Te las presento
para que Tú les repitas:
“No llores”,
para que, de alguna manera,
encuentren en ti
consuelo, fortaleza, serenidad.

También me acerco a ti, Señor,
con todos los que queremos seguirte
y aún no nos duele,
hasta hacernos reaccionar,
el clamor de los que sufren.
Que no miremos
para otro lado,
ante los hermanos que viven
sin techo,
sin trabajo,
sin rumbo,
sin futuro.
Que nos preguntemos
clara y sencillamente
qué podemos hacer
y que, cada cual, según nuestra realidad
demos respuesta.

Que, desde el respeto,

el cariño y la cercanía,
nos acerquemos
y ayudemos a levantarse
a los que están caídos;
que apoyemos la tarea colectiva
de ir trabajando por un mundo diferente,
dónde nadie pueda sentirse
humillado,
postrado,
excluido.

Y, levántame,
también a mi, Señor,
de todas las muertes
que me esclavizan y me atan.
Que vuelva a sentir sobre mi,
tu Palabra: ¡Levántate!,
que como caricia y energía
me impulse a ponerme en pie,
a dejarme liberar de temores y ataduras,
a saborear que Tú, eres el Dios de la vida,
y que en ti y contigo,
siempre es tiempo de seguir caminando.

Que me levante, Señor,
y abandone,
todo lo que me adormece,
lo que me paraliza,
que borre todo lo que sea
sombra y ambigüedad en mí,
y que me abra a la vida,
a la posibilidad siempre nueva de sonreír,
de compartir,
de llenar el mundo de flores
y la tierra de risas.
Que con tu fuerza,
todos nos podamos “levantar”
y cantar unidos a la vida
y a la esperanza.

Amén

(Hna. Oyonarte)

